

El mundo cerrado al lenguaje *

Por H. Herbert MARCUSE

La Conciencia Feliz —o sea, la fe en que lo real es racional y el sistema social establecido produce los bienes— refleja un nuevo conformismo que se presenta como una faceta de la racionalidad tecnológica y se traduce en una forma de conducta social. Esto es nuevo porque es racional hasta un grado sin precedentes. Sostiene a una sociedad que ha reducido —y en sus zonas más avanzadas eliminado— la irracionalidad más primitiva de los estados anteriores, y que prolonga y mejora la vida con mayor regularidad que antes. Todavía no se llega a la guerra de aniquilación; los campos nazis de exterminio han sido abolidos. La Conciencia Feliz rechaza toda conexión. Es cierto que se ha vuelto a introducir la tortura como un hecho normal; pero esto ocurre en una guerra colonial que tiene lugar al margen del mundo civilizado. Y ahí puede realizarse con absoluta buena conciencia, porque, después de todo, la guerra es la guerra. Y esta guerra, también está al margen, sólo azota a los países “subdesarrollados”. Por lo demás, reina la paz.

El poder sobre el hombre adquirido por esta sociedad se olvida sin cesar gracias a la eficacia y productividad de ésta. Al asimilar todo lo que toca, al absorber la oposición, al jugar con la contradicción, demuestra su superioridad cultural. Del mismo modo la destrucción de los recursos naturales y la proliferación del desperdicio es una prueba de su opulencia y de “los altos niveles de bienestar”. “¡La comunidad está demasiado contenta para preocuparse!”.¹

EL LENGUAJE DE LA ADMINISTRACIÓN TOTAL

Este tipo de bienestar, el de la superestructura productiva que descansa sobre la base de la sociedad infeliz, abarca a la “media” que establece la relación entre los amos y sus servidores. Los agentes de publicidad configuran el mundo de la comunicación en el que la conducta “de una sola dimensión” se expresa a sí misma. El lenguaje creado por ellos aboga por la identificación y la unificación, por la promoción sistemática del pensamiento y la acción positiva, por el ataque conciente contra las tradicionales nociones trascendentes. Dentro de las formas prevalecientes del lenguaje, se advierte el contraste entre las formas de pensamiento “con dos dimensiones”, dialécticas, y la conducta tecnológica o los clichés del pensamiento social.

En la expresión típica de estos clichés de pensamiento, la tensión entre apariencia y realidad, entre hecho y agente que lo provoca, entre substancia y atributo tiende a desaparecer. Los conceptos de autonomía, descubrimiento, demostración y crítica son cambiados por designación, aserción e imitación. Elementos mágicos, autoritarios y rituales cubren el idioma. El lenguaje es despojado de las meditaciones que forman las etapas del proceso de conocimiento y de evaluación cognoscitiva. Los conceptos que encierran los hechos y por tanto los trascienden están perdiendo su auténtica representación lingüística. Privado de esta posibilidad de meditación, el lenguaje tiende a expresar y auspiciar la inmediata identificación entre razón y hecho, verdad y verdad establecida, esencia y existencia, la cosa y su función.

Estas identificaciones, que aparecen como un aspecto del operacionalismo, reaparecen como aspectos del lenguaje encaminado a examinar la conducta social. En este punto, la funcionalización del idioma contribuye a rechazar los elementos no conformistas de la estructura y el movimiento del lenguaje. El vocabulario y la sintaxis se ven igualmente afectados. La sociedad expresa sus exigencias directamente en el material lingüístico, pero no sin oposición; el lenguaje popular ataca mediante un humor desafiante y mal intencionado el idioma oficial y semiformal. Muy pocas veces el lenguaje popular y coloquial ha sido tan creador. El hombre común (o sus anónimos voceros) parece afirmar su humanidad frente a los poderes existentes mediante el lenguaje. El rechazo y la rebelión, sojuzgados en la esfera política, estallan a través del vocabulario que llama a las cosas por su nombre: “sangrón”, “apretado”, “estreñido”, “sotabestia” “con pegue”, “se las cacha todas”, “aventado”.

Sin embargo, los laboratorios de defensa y las oficinas de ejecutivos, los gobiernos y las máquinas, los jefes, los expertos en eficacia y los salones de belleza para políticos (que conciben el maquillaje adecuado para los líderes) hablan un idioma diferente y, por el momento, parecen tener la última palabra.

* Fragmento del libro *El hombre de una sola dimensión*, que publicará próximamente la Editorial Joaquín Mortiz.

Esta es la palabra que ordena y organiza, que induce a la gente a actuar, comprar y aceptar. Se transmite mediante un estilo que es una verdadera creación lingüística; con una sintaxis en la que la estructura de la frase es comprimida y condensada de tal modo que no se deja ninguna tensión, ningún “espacio” entre sus distintas partes. Esta forma lingüística impide todo desarrollo de sentido. Trataré de ilustrar este estilo.

La técnica del operacionalismo —para hacer al concepto sinónimo del campo de operaciones correspondientes— recurre en la tendencia lingüística al sistema de “considerar los nombres de las cosas como si fueran indicativos al mismo tiempo de su manera de funcionar, y los nombres de las propiedades y procesos como símbolo del aparato empleado para descubrirlo o producirlos”,² este es el razonamiento tecnológico que tiende a “identificar las cosas y sus funciones.”³

Como hábito del pensamiento ajeno al lenguaje científico y técnico, esta forma de razonar configura la expresión de un *behaviorismo* social y político específico. En este mundo, las palabras y los conceptos tienden a coincidir, o, mejor dicho, el concepto tiende a ser absorbido por la palabra. Aquel no tiene otro contenido que el designado por la palabra de acuerdo con el uso común y publicitario, y, a su vez, se espera de la palabra que no tenga otra implicación que la que da la forma de conducta determinada por la publicidad y el uso común. Así, la palabra se hace cliché y como cliché gobierna al lenguaje hablado o escrito: la comunicación impide el desarrollo genuino del sentido.

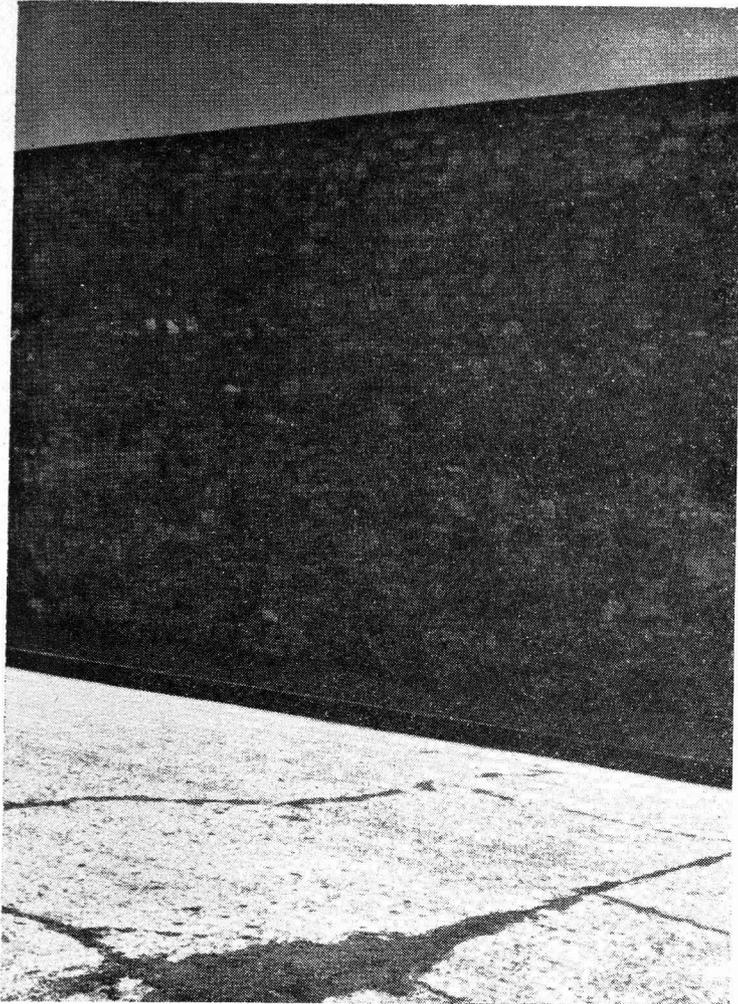
Por supuesto, todo idioma contiene innumerables términos cuyo significado no requiere desarrollo; por ejemplo, los términos que designan objetos de uso diario, a la naturaleza visible o las necesidades y deseos vitales. Generalmente estos términos son comprendidos de un modo tal que su simple apariencia produce una respuesta (lingüística u operacional) adecuada al contexto pragmático en el que se mencionan.

En cambio, la situación es muy diferente respecto a los términos que denotan cosas o sucesos que están más allá del tipo de contexto que no admite controversia. En este caso, la funcionalización del idioma expresa una disminución del sentido que tiene una connotación política. Los nombres de las cosas no sólo son “indicativos de su forma de funcionar”, sino que su forma (actual) de funcionar también define y “cierra” el significado de la cosa. El sustantivo gobierna la frase de una manera autoritaria y totalitaria, y la frase se convierte en una declaración que debe ser aceptada. Rechaza la demostración, cualificación y negación de su significado explícito y declarado.

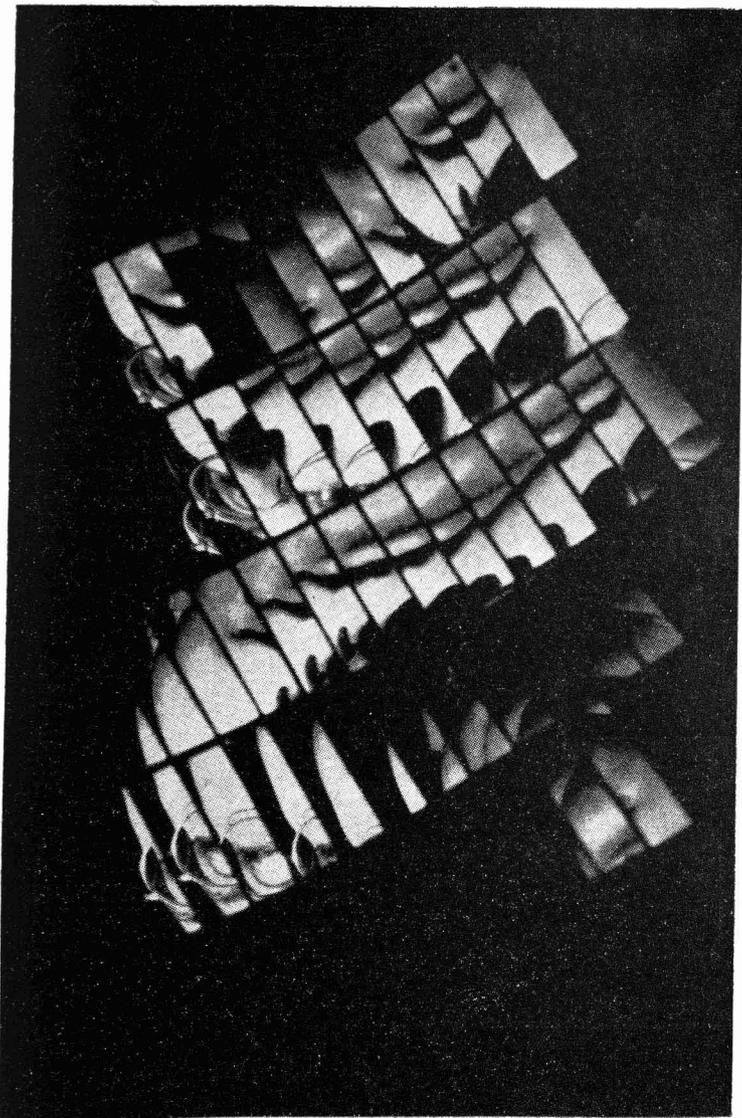
En los puntos claves del mundo del lenguaje público las proposiciones con valor propio, analíticas, funcionan como fórmulas mágico-rituales. Machacadas y remachacadas en la mente del receptor, producen el efecto de cerrarse en el círculo de las condiciones prescritas por la fórmula.

Ya me he referido al problema de la hipótesis que se valida a sí misma como forma proporcional en el mundo del lenguaje político. Nombres como “libertad”, “igualdad”, “democracia” y “paz” implican, analíticamente, un grupo específico de atributos que se presentan inevitablemente cuando el nombre se escribe o se menciona. En Occidente la predicción analítica se establece mediante términos como libre empresa, iniciativa, elecciones, individuo; en Oriente, en términos como trabajadores, campesinos, construir el comunismo o el socialismo, abolición de las clases hostiles. En ambos lados, las transgresiones al lenguaje más allá de la cerrada estructura analítica se convierten en incorrecciones o en fruto de la propaganda, aunque los medios de apoyar la verdad y el grado de castigo por estas transgresiones sean muy diferentes. En este mundo del lenguaje público, el lenguaje se mueve mediante sinónimos o tautologías; en realidad, nunca avanza hacia la diferencia cualitativa. La estructura analítica separa al sustantivo gobernante de todos aquellos significados que, aunque le corresponden, invalidarían o por lo menos perturbarían el uso del sustantivo aceptado en declaraciones políticas o que se refieren a la opinión pública. La característica del concepto ritualizado es que se hace inmune a la contradicción.

Así, el hecho de que la forma de libertad prevaleciente es la servidumbre, y la forma prevaleciente de igualdad es una igualdad sobreimpuesta, se anula de la expresión mediante la cerrada definición de estos conceptos en términos de los poderes que configuran el respectivo mundo del lenguaje. El resultado



"el mundo del lenguaje se cierra a sí mismo"



"más real que la cosa separada de su función"

es la aparición del familiar lenguaje orwelliano ("paz es guerra" y "guerra es paz", etcétera) que de ningún modo corresponde tan sólo al totalitarismo terrorista. El hecho de que las contradicciones no se hagan explícitas en la frase sino que se encierran en el sustantivo no hace a este lenguaje menos orwelliano. Orwell predijo hace mucho que la posibilidad de que un partido político que trabaja para la defensa y el crecimiento del capitalismo fuera llamado "socialista", un gobierno despótico "democrático" y una elección dirigida "libre", llegaría a ser una forma lingüística —y política— familiar. En cambio, la aceptación general de estas mentiras por la opinión pública y privada es relativamente nueva, lo mismo que la supresión de su monstruoso contenido. La dilatación de la efectividad de este lenguaje afirma el triunfo de la sociedad sobre las contradicciones que contiene; las mentiras son reproducidas sin que hagan estallar el sistema social. Al contrario, la abierta, clara contradicción es la que se convierte en un alma del idioma y la publicidad. La sintaxis de la contradicción proclama la reconciliación de los supuestos uniéndolos en una estructura firme y familiar. Intentaré mostrar que términos como la "bomba atómica limpia" y "los efectos inofensivos de la radiación" no son más que las creaciones extremas de un estilo normal. Una vez que se ha aceptado la principal ofensa contra la lógica, la contradicción se muestra como un principio de la lógica de manipulación: una caricatura realista de la dialéctica. Es la lógica de una sociedad que puede permitirse hacer a un lado la lógica y jugar con la destrucción; una sociedad con un dominio técnico de la mente y de los temas.

El mundo del lenguaje en el que los opuestos se reconcilian tiene un profundo motivo para tal unificación: su benéfica destructividad. La comercialización total une esferas de la vida que eran antagónicas anteriormente, y esta unión se expresa a sí misma en la suave conjunción lingüística de las partes en oposición del lenguaje. Para una mente que no esté aún suficientemente condicionada, la mayor parte del lenguaje hablado e impreso parece absolutamente surrealista. Encabezados tales como "El trabajo está buscando solucionar sus problemas mediante la construcción de proyectiles dirigidos",⁴ anuncios como "Refugio de lujo contra la radiación"⁵ pueden evocar todavía la ingenua reacción de que "trabajo", "solución" y "proyectiles dirigidos" son contradicciones irreconciliables y que ninguna lógica ni ningún lenguaje son capaces de unir correctamente el lujo y la radiación. Sin embargo, esta lógica y este lenguaje llegan a ser perfectamente racionales cuando aprendemos que "un submarino nuclear equipado con proyectiles dirigidos" "tiene un precio aproximado de ciento veinte millones de dólares", y que "el modelo de mil dólares del refugio atómico tiene alfombra, batidora y televisión". La validez de este lenguaje no descansa primordialmente en el hecho de que vende (parece que el negocio de los refugios no fue tan bueno) sino más bien en que promueve la identificación inmediata del interés particular con el general: los negocios se identifican con el Poder Nacional, la prosperidad con la aniquilación potencial. Sólo hay un ligero desliz de la verdad en el hecho de que un teatro anuncie una "Elección especial. Función de la noche. *La danza de la muerte*, de Strinberg".⁶ El anuncio revela la relación en una forma menos ideológica de lo que normalmente se admite.

La unificación de los opuestos que caracteriza los estilos comerciales y políticos es una de las muchas formas en las que el lenguaje y la comunicación se inmunizan contra la expresión de protesta y la negación. ¿Cómo puede tal protesta y negación encontrar la palabra correcta cuando los organismos del orden establecido admiten y anuncian que la paz es en realidad la orilla de la guerra, que los últimos cañones llevan consigo la justificación de su precio, y que los refugios contra bombas pueden ser muy acogedores? Al exhibir sus contradicciones como la clave de la verdad, este mundo del lenguaje se cierra a sí mismo contra cualquier otro lenguaje que no se desarrolle en sus propios términos. Y, por esta capacidad de asimilar todos los demás términos a los suyos, ofrece la posibilidad de combinar la mayor tolerancia posible con la mayor unidad posible. Sin embargo, su lenguaje atestigua el carácter represivo de esta unidad. Este lenguaje habla mediante construcciones que imponen sobre el recipiente el significado oblicuo y resumido, el desarrollo detenido del contenido, la aceptación de aquello que es ofrecido en la forma en que es ofrecido.

La afirmación analítica es una construcción represiva de este tipo. El hecho de que un sustantivo específico sea unido casi siempre con los mismos adjetivos y atributos "explicatorios" convierte la frase en una fórmula hipnótica que, infinitamente repetida, fija el significado en la mente del receptor. Este no piensa en explicaciones esencialmente diferentes (y posiblemente

verdaderas) del sustantivo. Más adelante examinaremos otras construcciones en el que el carácter autoritario de este lenguaje se revela a sí mismo. Todas tienen en común un alejamiento construcciones en las que el carácter autoritario de este lenguaje cado, creando imágenes fijas que se imponen a sí mismas con su abrumadora y petrificada concreción. Es la conocida técnica de la industria de la publicidad, donde se le emplea metódicamente para "establecer una imagen" que se fija en la mente y en el producto, y sirve para vender a los hombres y a los bienes. El lenguaje escrito y hablado se agrupa alrededor de "líneas de impacto" y "provocadores del público" que proporcionan la imagen. Esta imagen puede ser la de la "libertad" o "la paz" o "el buen muchacho" o "el comunista" o "la Señorita Cerveza". Se espera que el lector o el escucha asocie (y lo hace) con ellos una estructura fija de instituciones, actitudes, aspiraciones, y se espera que reaccione de una manera fija y específica.

Más allá de la relativamente inofensiva esfera del comercio, las consecuencias son mucho más serias, porque este lenguaje es al mismo tiempo "intimidación y glorificación". Las proposiciones toman la forma de sugestivas órdenes —son evocativas antes que demostrativas. La afirmación llega a ser prescripción; toda la comunicación tiene un carácter hipnótico. Al mismo tiempo se tiñe de una falsa familiaridad: el resultado de la repetición constante y de la hábilmente manejada popularidad directa de la comunicación. Esta se relaciona con el receptor inmediatamente —sin ninguna diferencia de nivel, educación y oficio— y lo golpea en la informal atmósfera de la sala, la cocina y la alcoba.

La misma familiaridad se establece mediante el lenguaje personalizado, que juega un papel considerable en la comunicación avanzada. Es "tu representante en el congreso, "tu" carretera, "tu" farmacia favorita, "tu" periódico, es traído especialmente "para ti", "te" invita, etcétera. De este modo, las cosas y funciones generales superimpuestas y generalizadas son presentadas como "especialmente para ti". Que los individuos a los que se les habla de esta manera lo crean carece de importancia si el éxito indica que promueve la autoidentificación de estos individuos con las funciones que ellos y los demás representan.

En las secciones más avanzadas de la comunicación funcional y manipulada, el lenguaje impone mediante construcciones verdaderamente sorprendentes la identificación autoritaria entre persona y función. La revista *Times* puede servir como un ejemplo extremo de este aspecto. Su empleo del genitivo reflexivo hace que los individuos parezcan ser meros apéndices o propiedades de su lugar, su empleo, su patrón, su empresa. Son presentados como "Virginia's Byrd, de U.S. Steel Blough", "el Egipto de Nasser". Los atributos de unión en la construcción crean su síndrome fijo:

"El gobernador todo-poderoso-mandón, con-bajas-aspiraciones de Georgia... tiene todo preparado para uno de sus salvajes ataques políticos la próxima semana."

El gobernador, su función, su aspecto físico y sus actividades políticas son reunidos en una indivisible e inmutable estructura que, en su natural inocencia e inmediatez, abruma la mente del lector. La estructura no deja espacio para la distinción, desarrollo y diferenciación del significado: se mueve y vive sólo como una totalidad. Dominado por estas imágenes personalizadas e hipnóticas, el artículo puede proceder a dar incluso información esencial. La narración permanece segura dentro del bien meditado marco de una historia con interés más o menos humano de acuerdo con la definición de la política de los editores.

El empleo de la contracción mediante las uniones se extiende. Por ejemplo, "ceja-peinada" Teller, el "padre-de-la-bomba-de-hidrógeno", el "hombros-de-toro constructor de proyectiles von Braun" una "cena científico-militar" y el submarino "de poder-nuclear, con "cañones-para-disparar-cohetes-". Tales construcciones son, quizá no accidentalmente, particularmente frecuentes en frases que unen la técnica, la política y el poder militar. Términos que designan esferas o cualidades bastante diferentes son forzados a una unión que los convierte en una sólida, todopoderosa totalidad.

El efecto es de nuevo mágico e hipnótico, consigue una proyección de imágenes que sugiere irresistible unidad, armonía de contradicción. Así el amado y temido Padre, el dador de la vida, genera la bomba de hidrógeno para la aniquilación de la vida; "científicos-militares" unen sus esfuerzos para reducir la ansiedad y el sufrimiento mediante el trabajo de crear ansiedad y sufrimiento. O, sin los guiones, la Academia de la Libertad de especialistas en la guerra fría¹⁰ y la "bomba limpia", le atribuye a la destrucción integridad moral y física. La gente que habla y acepta tal lenguaje parece ser inmune a todo y susceptible a todo. La unificación mediante guiones (expli-

cita o no) no siempre reconcilia o separa; frecuentemente, la combinación es bastante sutil —como en el caso del "hombros-de-toro constructor de proyectiles"— o sugiere una amenaza o una dinámica inspiradora. Pero el efecto es similar. La estructura impuesta une a los actores y las acciones de violencia, poder, protección y propaganda bajo una sola luz. Vemos al hombre o a la cosa operando y sólo operando —no puede ser de otro modo.

Este estilo tiene una abrumadora concreción. La "cosa identificada con su función" es más real que la cosa separada de su función, y la expresión lingüística de esta identificación (en el sustantivo funcional, y en las diferentes formas de contracción sintáctica) crea un vocabulario y una sintaxis básica que impide el paso a la diferenciación, la separación y la distinción. Este lenguaje, que constantemente impone imágenes, milita contra el desarrollo y la expresión de conceptos. Su inmediatez y su estilo directo, impiden el pensamiento conceptual; así, impiden el pensamiento. Porque el concepto *no* identifica la cosa y su función. Tal identificación puede muy bien ser el legítimo y quizá incluso el único significado del concepto operacional y técnico, pero las definiciones operacionales y técnicas son usos específicos de conceptos para propósitos específicos. Más aún, disuelven los conceptos en operaciones y excluyen el intento conceptual que se opone a esta disolución. Con anterioridad a su uso operacional, el concepto *niega* la identificación de la cosa con su función; distingue aquello que la cosa *es* de las funciones contingentes de la cosa en la realidad establecida.

Las tendencias prevalecientes del lenguaje, que niegan estas distinciones, son expresión de los cambios en los modos de pensamiento discutidos en los capítulos anteriores: el idioma funcionalizado, contraído y unificado es el idioma del pensamiento de una dimensión. Para ilustrar esta novedad lo compararé brevemente con una clásica filosofía de la gramática que trasciende el mundo *behaviorista* y relaciona las categorías lingüísticas con las ontológicas.

De acuerdo con esta filosofía, el sujeto gramatical de una frase es primero una "substancia" y permanece como tal en los diferentes estados, funciones y cualidades que la frase le adjudica al sujeto. Está activa o pasivamente relacionada con su predicado, pero permanece diferente a él. Si no es un nombre propio, el sujeto es más que un nombre: nombra el *concepto*



"este estilo tiene una abrumadora concreción"



"un lenguaje hipnótico"

de una cosa, un valor universal que la frase define en un estado o una función particular. El sujeto gramatical tiene así un significado que está *más allá* del que se expresa en la frase.

En palabras de Wilhelm von Humboldt: el sustantivo como sujeto gramatical denota algo que "puede entrar en ciertas relaciones",¹¹ pero no es idéntico a estas relaciones. Más aún, permanece como lo que es y está "contra" estas relaciones; éste es su centro "universal" y "sustantivo". La síntesis proposicional liga a la acción (o el estado) con el sujeto de tal manera que el sujeto es designado como el actor (o conductor) y así es separado del estado o la función en la que está. Al decir: "el rayo golpea" uno "piensa no solamente en el rayo golpeando, sino también en el rayo en sí mismo que golpea", en un sujeto que "pasó a la acción". Y si una frase da una definición de su sujeto, no disuelve al sujeto en sus estados y funciones, sino que lo define como un ser en este estado, o ejerciendo esta función. Ni desapareciendo en su predicado ni existiendo como una entidad anterior y fuera de sus predicados, el sujeto se constituye a sí mismo en sus predicados: es el resultado de un proceso de mediación que se expresa en la frase.¹²

He aludido a la filosofía de la gramática para iluminar el grado en el que las contracciones lingüísticas indican una contracción del pensamiento que, a su vez, ellas fortifican y promueven. La insistencia en los elementos filosóficos en la gramática, o la relación entre el "sujeto" gramatical, lógico y ontológico señala los contenidos que son suprimidos en el idioma funcional, eliminados de la expresión y la comunicación. Contracción de su concepto en imágenes fijas; desarrollo detenido en fórmulas hipnóticas que se autovalidan; inmunidad contra la contradicción; identificación de las cosas (y las personas) con su función; estas tendencias revelan la mente de una dimensión en el idioma que habla.

Si la conducta lingüística impide el desarrollo conceptual, si milita contra la abstracción y la mediación, si se rinde a los hechos inmediatos, rechaza el reconocimiento de los hechos detrás de los hechos, y, así, rechaza el reconocimiento de los hechos y de su contenido histórico. En y para la sociedad, esta organización del lenguaje funcional es de importancia vital; sirve como un vehículo de coordinación y subordinación. El lenguaje unificado, funcional, es un lenguaje irreconciliablemente anticrítico y antidialéctico. En él la racionalidad operacional y *behaviorista* absorbe los elementos trascendentes negativos y oposicionales de la Razón.

Discutiré estos elementos en términos de la tensión entre el "es" y el "debería ser", entre esencia y apariencia, potenciali-

dad y actualidad: el ingreso de lo negativo en las positivas determinaciones de la lógica. Esta tensión mantenida cubre el mundo de dos dimensiones del lenguaje, que es el mundo del pensamiento crítico y abstracto. Las dos dimensiones son antagónicas entre sí; la realidad participa de ambas, y los conceptos dialécticos desarrollan las verdaderas contradicciones. En su propio desarrollo, el pensamiento dialéctico llega a abarcar el carácter insólito de las contradicciones y el proceso de su mediación como proceso histórico. Así la "otra" dimensión del pensamiento parece ser una dimensión *histórica* —la potencialidad como posibilidad histórica, su realización como suceso histórico.

La supresión de esta dimensión en el universo social de la racionalidad operacional es una *supresión de la historia*, y éste no es un asunto académico, sino político. Es una supresión del propio pasado de la sociedad — y de su futuro, en tanto que este futuro invoca el cambio cualitativo, la negación del presente. Un universo del lenguaje en el que las categorías de la libertad han llegado a ser intercambiables e incluso idénticas con sus supuestos no está sólo utilizando un lenguaje orweliano o aesopiano sino que está rechazando y olvidando la realidad histórica: el horror del fascismo; la idea del socialismo; las precondiciones de la democracia; el contenido de la libertad. Si una dictadura burocrática gobierna y define a la sociedad comunista, si regímenes fascistas están funcionando como socios del Mundo Libre, si el programa de bienestar del capitalismo liberal es derrotado con éxito mediante el recurso de llamarlo "socialismo", si los fundamentos de la democracia son armoniosamente eliminados en la democracia, los viejos conceptos históricos son invalidados por redefiniciones operacionales puestas al día. Las redefiniciones son falsificaciones que, impuestas por los poderes institucionales y los poderes de hecho, sirven para transformar la mentira en verdad.

El lenguaje funcional es un lenguaje radicalmente histórico: la racionalidad operacional tiene poco espacio y poco empleo para la razón histórica.¹³ ¿Es esta lucha contra la historia parte de la lucha contra una dimensión de la mente en la que las facultades y fuerzas centrífugas pueden desarrollarse, porque estas facultades y fuerzas pueden impedir la total coordinación del individuo con la sociedad? El recuerdo del pasado puede dar lugar a peligrosos descubrimientos, y la sociedad establecida parece tener aprensión con respecto al contenido subversivo de la memoria. El recuerdo es una forma de disociación de los hechos dados, un modo de "mediación" que rompe, durante breves momentos, el poder omnipresente de los hechos dados. La memoria recuerda el terror y la esperanza que han pasado. Ambos vuelven a vivir, pero mientras en la realidad el primero regresa bajo continuas nuevas formas, la última permanece como una esperanza. Y en los sucesos personales que reaparecen en la memoria individual, los temores y las aspiraciones de la humanidad se afirman a sí mismos — lo universal en lo particular. Lo que la memoria preserva es la historia. Sucumbe, en cambio, al poder totalitario y el universo *behaviorista*:

"El espectro de una humanidad sin memoria... no es un mero producto de la decadencia... sino que está necesariamente ligado con los principios progresistas de la burguesía." "Los economistas y sociólogos como Werner Sombart y Max Weber han relacionado el principio del tradicionalismo con las formas de la sociedad feudal y el principio de la racionalidad con la sociedad burguesa. Pero esto implica que la sociedad burguesa avanzada anula la Memoria, el Tiempo, el Recuerdo como una especie de residuo irracional del pasado."¹⁴

Si la racionalidad progresiva de la sociedad industrial avanzada tiende a anular como un "residuo irracional" los perturbadores elementos que son el Tiempo y la Memoria, también tiende a anular la perturbadora racionalidad contenida en este resto irracional. El reconocimiento y la relación del pasado como presente contraataca la funcionalización del pensamiento por y en la realidad establecida. Milita contra la anulación del mundo del lenguaje y la conducta; hace posible el desarrollo de conceptos que rompen la estabilidad y trascienden el mundo cerrado concibiéndolo como un mundo histórico. Confrontado con la sociedad dada como un objeto de su reflexión, el pensamiento crítico se hace conciencia histórica; como tal, es esencialmente juicio. En vez de aceptar un relativismo indiferente, investiga en la verdadera historia del hombre en busca del criterio adecuado para definir la verdad y la mentira, el progreso y la regresión. La intersección del pasado en el presente descubre los factores que configuran los hechos, que determinan la forma de vida, que establecen a los amos y los servidores: proyecta los límites y las alternativas. Cuando esta conciencia crítica habla, habla "le langage de la connaissance" (Roland Barthes)

que abre el mundo cerrado del lenguaje y sus estructuras petrificadas. Los términos claves de este lenguaje no son sustantivos hipnóticos que evocan infinitamente los mismos predicados congelados. Más bien permiten un desarrollo abierto; incluso desenvuelven su contenido mediante predicados contradictorios.

El Manifiesto Comunista provee un ejemplo clásico. En él, los dos términos claves, Burguesía y Proletariado, "gobiernan", respectivamente, predicados contrarios. La "burguesía" es el sujeto del progreso técnico, la liberación, la conquista de la naturaleza, la creación del bienestar social, y de la perversión y destrucción de estos logros. Similarmente, el "proletariado" lleva consigo los atributos de la opresión total y de la derrota total de la opresión.

Tal relación dialéctica de los opuestos, en y por la proposición, se hace posible mediante el reconocimiento del sujeto como un agente histórico cuya identidad se constituye a sí misma en y *contra* su práctica histórica, en y *contra* su realidad social. El lenguaje desarrolla y establece el conflicto entre la cosa y su función, y este conflicto encuentra expresión lingüística en frases que unen predicados contradictorios en una unidad lógica — contrapartida conceptual de la realidad objetiva. En contraste con todo lenguaje orweliano, la contradicción se demuestra, se hace explícita, se explica y se denuncia.

He ilustrado el contraste entre los dos lenguajes refiriéndolos al estilo de la teoría marxista, pero las cualidades críticas, cognoscitivas, no son características exclusivas del estilo marxista. Pueden encontrarse también (a través de diferentes modelos) en el estilo de la gran crítica conservadora y liberal de la sociedad burguesa desarrollada. Por ejemplo, el lenguaje de Burke y Tocqueville por un lado, de John Stuart Mill por el otro, es un lenguaje claramente demostrativo, conceptual, "abierto", que no ha sucumbido todavía a las fórmulas hipnóticas y rituales del conservadurismo y neoliberalismo actuales.

Sin embargo, la ritualización autoritaria del lenguaje es más fuerte cuando afecta al lenguaje dialéctico mismo. Las exigencias de la industrialización competitiva, y la sujeción total del hombre al aparato productivo aparecen en la transformación autoritaria del lenguaje marxista en el lenguaje stalinista y post-stalinista. Estas exigencias, tal como son interpretadas por los guías que controlan el aparato, definen lo que es verdadero y falso, correcto y equivocado. No dejan tiempo ni espacio para una discusión que proyectara alternativas capaces de provocar un rompimiento. Este lenguaje ya no se lleva a sí mismo a "discurrir" para nada. Define, y mediante el poder del aparato, establece hechos — es una enunciación que se hace válida a sí misma. Sobre este aspecto, debe bastar con citar y parafrasear el pasaje en el que Roland Barthes describe las características mágico-autoritarias: "ya no hay ningún lapso entre la denominación y el juicio, y el lenguaje se cierra por completo..."

El lenguaje cerrado no demuestra ni explica: comunica decisiones, fallos, órdenes. Cuando define, la definición se convierte en "separación de lo bueno y lo malo"; establece lo que es correcto y lo equivocado sin permitir dudas, y pone un valor como justificación de otro. Se mueve mediante tautologías, pero las tautologías son "frases" terriblemente efectivas. Juzgan de una "manera prejuiciada"; pronuncian condenas. Por ejemplo, el "contenido objetivo", esto es, la definición de términos como "desviacionista", "revisiónista", es la de un código penal, y este tipo de validación promueve una conciencia para la que el lenguaje de los poderes existentes es el lenguaje de la verdad.¹⁵

Por desgracia, esto no es todo. El crecimiento productivo de la sociedad comunista establecida condena también a la oposición comunista liberal: el lenguaje que trata de recordar y preservar la verdad original sucumbe a su ritualización. La orientación del discurrir (y de la acción) en términos tales como "el proletariado", "los consejos de trabajadores", la "dictadura del aparato de Stalin", se convierten en orientaciones mediante fórmulas donde el "proletariado" ya no existe o todavía no existe, donde el control directo "desde abajo" interferiría con el progreso de la producción en masa, y donde la lucha contra la burocracia debilitaría la eficacia de la única fuerza real que puede ser movilizadada contra el capitalismo en una escala internacional. En este caso, el pasado se mantiene rígidamente, pero no se le intersecciona con el presente. Un mundo se opone a los conceptos que abarcan una situación histórica: el otro bloquea su dialéctica.

El lenguaje ritual autoritario se extiende sobre el mundo contemporáneo, a través de los países democráticos y no democráticos, capitalistas y no capitalistas.¹⁶ De acuerdo con Roland Barthes, es el lenguaje "propio a todos los regímenes autoritarios" y ¿dónde hay actualmente, en la órbita de la civilización industrial avanzada, una sociedad que no esté bajo un

regimen autoritario? Conforme la substancia de los distintos regímenes deja de aparecer en formas de vida alternativas, llega a descansar en las técnicas alternativas de manipulación y control. El lenguaje no sólo refleja estos controles sino que llega a ser en sí mismo un instrumento de control, incluso cuando no trasmite órdenes sino información; cuando no exige obediencia sino elección, cuando no pide sumisión sino libertad.

Este lenguaje controla mediante el recurso de reducir las formas lingüísticas y los símbolos de reflexión, abstracción, desarrollo, contradicción, sustituyendo los conceptos por imágenes. Niega o absorbe el vocabulario trascendente; no busca la verdad y la mentira, sino que la establece e impone. Pero este tipo de lenguaje no es terrorístico. Parece poco dispuesto a asumir que los receptores creen, o son conducidos a creer, lo que se les dice. El nuevo toque del lenguaje mágico ritual es más bien que la gente no cree o no le importa, y, sin embargo, actúa de acuerdo con lo que se le pide. Uno no "cree" la declaración de un concepto operante, sino que ésta se justifica en la acción — al conseguir que se haga el trabajo, al vender y comprar, al negarse a escuchar a otros, etcétera.

Si el lenguaje de la política tiende a convertirse en el de la publicidad, cerrando por tanto la separación entre dos campos de la sociedad anteriormente diferenciados, esta tendencia parece expresar el grado en el que la dominación y la administración han dejado de ser funciones separadas e independientes en las sociedades tecnológicas. Esto no significa que el poder de los políticos profesionales haya disminuido. Al contrario. Mientras más grande sea el peligro que ellos construyen para poder enfrentarlo, y por tanto, mientras más normal sea la posibilidad de la destrucción total, mayor será su independencia de la soberanía popular efectiva. Su dominación ha sido incorporada al trabajo y el descanso diario de los ciudadanos, y los "símbolos" de la política son también los de los negocios, el comercio y la diversión.

Las vicisitudes del lenguaje son paralelas a las vicisitudes de la conducta política. En la sala de equipos para diversión, en los refugios contra bombas, en el programa de televisión de los candidatos rivales que aspiran a ser guías nacionales, la unión entre política, negocios y diversión es completa. Pero la unión es fraudulenta y fatalmente prematura — los negocios y la diversión son todavía la política de la dominación. Ésta no es la pieza satírica después de la tragedia; no es *finis tragoediae*: la tragedia puede empezar apenas. Y, de nuevo, no será el héroe, sino la gente, la que será la víctima ritual.

(Traducción de Juan García Ponce)

NOTAS

¹ John K. Galbraith, *American Capitalism* (Boston, Houghton Mifflin, 1956), p. 96.

² Stanley Gerr, "Language and Science", en: *Philosophy of Science*, abril 1942, p. 156.

³ Ibid.

⁴ *New York Times*, diciembre 19 1960.

⁵ Ibid, noviembre 2, 1960.

⁶ Ibid, noviembre 7, 1960.

⁷ Roland Barthes, *Le Degré zéro de l'écriture* (Paris, Edition du Seuil, 1953), p. 33.

⁸ Ver Leo Lowenthal, *Literature, Popular Culture, and Society* (Prentice-Hall, 1961), pp. 109 y ss., y Richard Hoggart, *The Uses of Literacy* (Boston, Beacon Press, 1961), pp. 161 y ss.

⁹ Las últimas tres citas tomadas de *The Nation*, febrero 22, 1958.

¹⁰ Una sugestión de *Life*, citada en *The Nation*, agosto 20 de 1960. De acuerdo con David Sarnoff un presupuesto para establecer tal Academia ha sido llevado al Congreso. Ver John K. Jessup, Adlai Stevenson y otros. *The National Purpose* (redactado bajo la supervisión y con la ayuda del equipo editorial de *Life*, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1960), p. 58.

¹¹ W. v. Humboldt, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues*, edición reciente. Berlín 1936, p. 254.

¹² Ver sobre esta filosofía de la gramática en la lógica dialéctica el concepto de Hegel de la "sustancia como sujeto" y de la "frase especulativa" en el Prólogo de la *Fenomenología del Espíritu*.

¹³ Esto no significa que la historia, privada o general desaparece del mundo del lenguaje. El pasado se evoca con suficiente frecuencia: ya sea en los términos de los Padres Fundadores o de Marx-Engels-Lenin o como los humildes orígenes de un candidato presidencial. Sin embargo, también éstas son invocaciones ritualizadas que no permiten el desarrollo que recuerdan; frecuentemente, las simples evocaciones sirven para impedir tal desarrollo, que mostraría su falta de propiedad histórica.

¹⁴ T. W. Adorno "Ses bedeutet Aufrarbeitung der Vergangenheit?" en *Berich über die Erzieherkonferenz am 6 y 7 noviembre en Wiesbaden, Frankfurt 1960*, p. 14.

¹⁵ Ver mi *Soviet Marxism*, New York. Columbia University Press, 1958.

¹⁶ Roland Barthes, loc. cit., pp. 37-40.

¹⁷ Respecto a Alemania del oeste ver los estudios intensivos llevados a cabo por el Institut für Sozialforschung, Frankfurt am Main, en 1950-1951: *Gruppen Experiment*, ed. F. Pollock (Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1955) esp. pp. 545 y ss. También Karl Korn, *Sprache in der verwalteten Welt* (Frankfurt, Heinrich Scheffler, 1958), para ambas partes de Alemania.